

Chechenia: ¿un conflicto local o global?

La operación terrorista de los independentistas chechenos a comienzos del pasado mes de septiembre alcanzó una de las simas más profundas de inhumanidad conocidas hasta la fecha. Por su parte, el gobierno de Putin no se muestra decidido a sacar las lecciones que parecen imponer los sucesivos fracasos de su política en Chechenia, basada únicamente en la represión violenta. Y, mientras tanto, la comunidad internacional, dividida entre quienes apoyan a uno u otro de los bandos, no da señales de preocuparse prioritariamente por las poblaciones del Cáucaso, víctimas de una guerra cada vez más sangrienta.

Secuestrar a 500 niños (de un total de más de 1.200 rehenes), privarlos de todo alimento y bebida, obligándolos a beber su propia orina y a vivir en medio de sus heces, para, finalmente, dispararles por la espalda y matar a la mayoría de ellos, son actos de una barbarie desconocida que han desacreditado gravemente la causa chechena. Quienes cometen semejantes atrocidades se declaran a sí mismos incapacitados para tomar las riendas de un país.

En Chechenia, toda una generación ha crecido en el odio y se encuentra sin futuro. Muchos de ellos conforman lo que una periodista rusa llama la «tercera fuerza»: «combatientes que luchan para llevar a cabo una venganza personal». Entre ellos se encuentran sin duda los que decían a los niños y a sus madres secuestradas en el colegio de Beslán: «Hasta ahora han llorado nuestras madres; ahora van a llorar las vuestras».

Islamistas y occidentales

Las fuerzas político-militares que siguen enfrentadas en Chechenia no actúan, obviamente, de forma aislada en este mundo globalizado. El líder independentista Basáyev ha encontrado aliados entre los musulmanes wahabitas, que, además de combatientes (no es fácil precisar su número), le proporcionan abundantes fondos provenientes del Golfo. Fue en los campamentos de Afganistán donde Bin Laden tomó la decisión de enviar a Chechenia a uno de sus mejores lugartenientes, el jordano Jatab. No es casual que Basáyev haya proclamado su intención de instaurar un Estado islámico. Y según Serguéi Arutiúnov, etnólogo experto en los pueblos del Cáucaso de la Academia de Ciencias de Rusia, el islamismo radical, «en tanto que tendencia política que utiliza la fraseología religiosa» conquista poco a poco a los jóvenes del Cáucaso que «no tienen ni un céntimo en el bolsillo, ni educación, ni trabajo, a los intelectuales frustrados con pocos ingresos y muchas pretensiones y a los campesinos sin tierra».

La actitud de los gobiernos europeos respecto a la Rusia postsoviética y sus múltiples conflictos internos está dominada en gran parte por la comprensión y el apoyo que creen deber prestar a este país que, a pesar de su débil economía (no alcanza el volumen de la de los Países Bajos), aún sigue siendo una gran potencia por su abundante arsenal de armas nucleares y su condición de miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU. Además, se ha convertido en el primer productor mundial de hidrocarburos, por delante de Arabia (con la ventaja de estar más cerca de Europa). Sin contar que las cancillerías de Occidente siempre han preferido un poder fuerte capaz de controlar los vastos espacios de Eurasia. Todo ello explica, por ejemplo, la marcha atrás del ministro holandés de Exteriores, que se creyó obligado a pedir excusas

por «el malentendido» tras haber declarado horas antes: «Nos gustaría que las autoridades rusas nos expliquen cómo ha podido suceder esta tragedia» [de los rehenes de Beslán].

Hasta el 11-S, la UE había practicado la política de «mirar hacia otro lado» ante las frecuentes conculcaciones del Estado de Derecho en la vecina Rusia. Sobre todo Alemania, buscaba de esta manera no sólo una reconciliación sino, además, conquistar un lugar privilegiado en sus relaciones comerciales con su vecina del Este. Pero, desde el 11-S, a la mirada extraviada se han añadido las palmaditas en el hombro de Putin, como si la proclamada globalización de la lucha antiterrorista volviera ya despreciables todos los conflictos a escala local. En la cumbre ruso-franco-alemana del 31 de agosto pasado, Chirac y Schröder rivalizaron en felicitaciones al líder ruso por el buen desarrollo (*¡sic!*) de las recientes elecciones presidenciales en Chechenia (*Le Monde* llegó a acusar a Chirac de «esquizofrenia» y de doble lenguaje que le resta credibilidad –particularmente ante el mundo árabe y musulmán– por su apoyo sin reservas a Putin y su tenaz oposición a Bush).

También la Gran Bretaña ha prestado hasta la fecha su pleno apoyo a la política «de firmeza» de Putin. Algo parecido puede decirse de China, que tiene idénticos problemas a los de Rusia con sus minorías nacionales y étnicas y está empleando con ellas métodos no menos totalitarios. Los medios de comunicación occidentales, salvo contadísimas excepciones, sólo hablan de Chechenia cuando se produce un acto terrorista de la resistencia, mientras cubren con un púdico manto de silencio todos los actos terroristas del Estado ruso, que está practicando en este conflicto una verdadera política de tierra quemada.

La postura de Estados Unidos es bastante más compleja. En la década de los 90, para debilitar a Rusia, apoyó decididamente a los talibanes en Afganistán, sin importarle sus conexiones con Bin Laden o con el «terrorismo internacional», lo mismo que al separatismo checheno. También se permitió llevar a cabo ciertos despliegues militares en las marcas del antiguo imperio soviético, como el de Georgia en 2001. Actualmente, tanto Washington como Londres han concedido asilo político a separatistas chechenos. Una coincidencia: los grandes oleoductos proyectados a través de Chechenia no se van a construir porque final-

mente se ha descubierto que el petróleo del Caspio es mucho menos abundante de lo imaginado hace una década.

Tras la toma de rehenes del mes pasado en Osetia, el gobierno norteamericano calificó de antidemocráticas las últimas elecciones celebradas en Chechenia, lo cual irritó considerablemente al Kremlin. Más aún: por esas mismas fechas, Washington manifestó que quería seguir dialogando con los independentistas moderados; y Richard Boucher, portavoz del Departamento de Estado, declaró que debía buscarse una «solución política» al conflicto de Chechenia.

Paradójicamente, por esas mismas fechas, Putin adoptaba ante el conflicto checheno una política que parece calcada de la de Bush ante el «terrorismo internacional», al anunciar que lanzará ataques preventivos en todo el mundo contra los terroristas chechenos y quienes los apoyen. De esta manera, estaba dando por supuesto que lo de Chechenia era una simple manifestación de un problema global. ¿Estrategia acertada o simple huida hacia delante para no tener que reconocer que se estaba equivocando en el diagnóstico y en los medios empleados hasta la fecha?

Dos siglos de conflicto

Ninguno de los pueblos autóctonos del Cáucaso Norte (o Circasia) que pertenecen a la Federación Rusa es ruso ni siquiera eslavo: unos son de origen iraní, otros descendientes de los alanos; todos ellos comparten estructuras y comportamientos sociales muy parecidos, en particular la cultura del honor y la venganza. Fueron conquistados por Rusia durante los siglos XVIII y XIX. Si la conquista rusa del Cáucaso se cerró con la anexión de Chechenia en 1859, en cambio Osetia jugó en estas anejesiones el papel de pueblo fiel a Moscú en Circasia. Un siglo más tarde, el conflicto de Chechenia con Moscú no se había aún resuelto, puesto que en 1943 –en tiempos de Stalin– chechenos e ingusetios fueron deportados a Kazajastán y Siberia. En los últimos lustros, el cuartel general de Moscú en el Cáucaso ha estado situado en la ciudad norosetia de Mozdok; y, precisamente, de Beslán partieron destacamentos de tropas federales a invadir Chechenia: ¿por ello Osetia y Beslán tuvieron la trágica

suerte de ser elegidos para el multitudinario secuestro de comienzos de septiembre?

Tras la caída de la dictadura soviética, vuelven los conflictos armados, interrumpidos por breves períodos de paz. Pero no todos los nacionalistas chechenos son partidarios de los métodos violentos ni wahabitas (el sufismo es la tradición islámica de mayor arraigo). Masjádov, el presidente checheno democráticamente elegido en 1997 en uno de los paréntesis de paz, siempre se ha desmarcado de los terroristas y ha manifestado su proyecto de ligar Chechenia a la Unión Europea. Este nacionalismo pacífico, hoy barrido de la escena política por el ejército ruso e ignorado por la mayor parte de la opinión internacional, sigue siendo uno de los elementos del *puzzle* checheno y probablemente el más legitimado. En aquella fecha, Rusia y Chechenia firmaron un acuerdo de paz por el que la primera reconocía a la *República chechena de Ichkeria*.

Cuando poco después de su llegada al poder (en 1999), Putin decide invadir Chechenia, no lo hace en respuesta a una amenaza terrorista, sino en nombre de la unidad de la patria rusa. El actual jefe de Estado ruso no distingue entre nacionalistas y terroristas. Para él, todos son terroristas. Con lo cual se priva de un posible interlocutor —ni lo quiere ni lo busca— y transforma el conflicto en guerra sin cuartel. Ni la autonomía fantasmagórica que ha instalado ni las recientes elecciones en pleno conflicto y sin la menor garantía pueden cubrir la fachada política de un país que, como las casas de su capital Grozni, tienen muy visibles las huellas de la violencia de Moscú (en su *Informe 2003*, Amnistía Internacional resume con estas palabras la situación de los últimos años: «*las dos partes enfrentadas en el conflicto han seguido cometiendo abusos graves contra los derechos humanos, y en el transcurso de la segunda mitad de 2002 empeoró la situación de los derechos humanos en Chechenia*»).

La Rusia de Putin

Pero el ex funcionario de la KGB y actual jefe de Estado ruso sigue empleando el puño de hierro sin el menor recurso a los guantes del Derecho o la política, porque sabe que éste es el método preferido por

su pueblo y porque sus hombres de confianza y su base social más sólida son los agentes de los servicios especiales junto con la clase militar.

No sólo en Chechenia, sino en toda Rusia, el juego político ha quedado reducido a su mínima expresión. La Federación está férreamente controlada por el presidente, que ha reunido todas las Repúblicas en siete macrorregiones, supervisadas por un representante directo del presidente, mientras la brecha económica entre Moscú y el resto del país no cesa de crecer. Pero aún pretende llegar más lejos y «eliminar las elecciones directas de los dirigentes regionales» (medida de dudosa constitucionalidad), y anuncia, además, otros recortes a la democracia y al federalismo para combatir a los federalistas.

Putin ha expulsado del Consejo de la Federación (la Cámara Alta) a los gobernadores y presidentes de las repúblicas (nombrando en su lugar a los representantes de éstos, en su mayoría personajes desconocidos y sin peso político). El control de los dos tercios de la Duma Estatal (Cámara Baja) ha sido la gran victoria política de Putin a través de su partido *Patria Rusia*. Esos dos tercios alcanzan la mayoría constitucional, que le permite hacer y deshacer con toda libertad. Mientras tanto, sus competidores más peligrosos han sido eliminados por el exilio, la investigación judicial o la cárcel.

Además, ha liquidado a los principales medios de comunicación independientes, en particular las televisiones *NTV* del magnate mediático Vladímir Gusinski, que había adoptado una política de oposición al Kremlin, y *Canal 6*, controlado por el oligarca Berezovski (que acabó refugiándose en Gran Bretaña). Los medios que quedan son objeto de una estrecha vigilancia acompañada de oportunas purgas (el caso más reciente ha sido el fulminante cese del director de *Izvestia* por haber publicado a toda portada y sin el menor comentario la foto de un hombre llevando en brazos a uno de los niños muertos en el colegio de Beslán).

Los oligarcas siguen dominando la economía, pero bajo control del Estado, algo bien necesario, aunque hay serias dudas de que se esté haciendo según Derecho. Putin ha aumentado considerablemente el presupuesto de las «instituciones de fuerzas», es decir, de los servicios secretos, militares y policías; el próximo año se beneficiarán todavía de un aumento del 30%. Pero, por culpa de la corrupción y la debilidad del tejido social,

este gigante armado tiene los pies de barro y sigue dando muestras de debilidad, como lo prueba su incapacidad de frenar el terrorismo y el hecho de que sus intervenciones causen con frecuencia más víctimas que los mismos terroristas.

A pesar de ello, como escribía a primeros de setiembre el semanario *Novedades de Moscú*, «después de cada atentado terrorista, los dirigentes del Servicio Federal de Seguridad no son castigados, sino condecorados». No se estilan ni toleran las dimisiones. Pero el secuestro de Beslán y la posterior matanza en medio de una gran confusión han obligado al presidente a cambiar de táctica, al menos por esta vez. Los osetios habían criticado con virulencia la incapacidad de impedir la llegada de un comando fuertemente armado; muchos incluso daban crédito a quienes acusaban a las fuerzas armadas de haberse dejado sobornar. Finalmente, una semana después del sangriento desenlace del secuestro, Putin se vio obligado a destituir al ministro del Interior de Osetia y al jefe regional del FSB y a encargar al Consejo de la Federación Rusa una investigación de los hechos de Beslán. Observadores hablan de un «colapso profesional de las fuerzas armadas rusas, desmoralizadas y corrompidas». Con posterioridad, el presidente de Osetia del Norte, Alexandre Dzasokhov, declaró a un diario francés que él quiso entrar en el colegio de Beslán para dialogar con los secuestradores y ofrecerles la mediación del ex presidente Masjádov, pero un general ruso le advirtió que sería arrestado si intentaba saltarse el cerco.

De la humillación a la «globalización»

Los acontecimientos de Chechenia a partir de la década de los 90 han constituido para no pocos rusos –entre ellos, su presidente– una humillación intolerable que era preciso borrar a cualquier precio. Nada más llegar al poder, Putin había declarado nulos los acuerdos de Jasaviurt de 1996 que establecían una autonomía para Chechenia y declarado «fuera de la ley» al presidente electo Masjádov; aquellos acuerdos no eran para él más que el signo de una debilidad imperdonable.

Pero las humillaciones se han ido repitiendo periódicamente desde entonces. Cuando este mismo año dos aviones de línea fueron derribados

casi simultáneamente en el Cáucaso, el gobierno se resistió varios días a hablar de atentado terrorista, a pesar de que había pruebas evidentes de ello. Con esta misma lógica del orgullo herido, durante el masivo secuestro y matanza de Beslán, las autoridades rusas evitaron con todo cuidado pronunciar el adjetivo «checheno» y prefirieron hablar de «terrorismo internacional». Pero sus esfuerzos por responsabilizar del desastre al «terrorismo internacional» ya no encuentran eco ni siquiera en la superpotencia americana, que un año antes había inventado la «guerra contra el terrorismo internacional».

Los políticos del Kremlin deberían esforzarse por combatir no sólo los efectos sino también las causas de los conflictos. Los adversarios políticos no son necesariamente unos criminales. Los problemas políticos no se resuelven a cañonazos. Tampoco se puede condenar a las minorías a desaparecer pura y simplemente. Todo ello parece elemental. Salvo cuando el país está anclado en esquemas imperialistas más propios del siglo XIX que del XXI y cuando, para reemplazar al fracasado comunismo, no se dispone de otra receta que un nacionalismo de corte fascistoide. Finalmente, las consecuencias las pagan –además de las víctimas del terrorismo– el propio Estado de Derecho y toda la ciudadanía. «Un gobierno no arregla sus males limitando los derechos de la ciudadanía», sentenciaba recientemente Mijail Gorbachov. Finalmente, la última crisis chechena ha hecho llegar hasta la opinión internacional los problemas internos de un país que no acaba de encontrar su camino tras el régimen casi feudal de los zares y la dictadura comunista.

Putin tiene que barrer primero delante de su puerta e incluso dentro de su propia casa. No le faltan problemas que resolver: desde las oligarquías y la pobreza en que vive buena parte de la población hasta la escasa democracia interna y los abusos de las fuerzas armadas. Un Estado verdaderamente democrático habría dado una respuesta más política y, sobre todo, menos violenta a las aspiraciones y derechos del pueblo checheno. El problema se encuentra en Chechenia y en Rusia. Incluso el mismo Putin forma parte de él. Pasárselo a otros países no resolverá nada. Al contrario: creará nuevos problemas a Rusia. Basta ver el precio que por ello están pagando los EE UU en Irak –incluso en los mismos EE UU– y el que están haciendo pagar a los irakíes. ■